

a instancias del médico del seguro, para quien en realidad sólo existen personas completamente sanas, pero reacias al trabajo. ¿Y, en este caso, no tendría una buena parte de razón? De hecho, a parte de la somnolencia, superflua tras un largo sueño, Gregor se sentía bien e incluso especialmente hambriento. Mientras reflexionaba sobre todo esto a toda prisa sin poder decidirse a abandonar la cama –el despertador marcaba exactamente las siete menos cuarto–, golpearon con precaución a la puerta que se encontraba cerca de la cabecera de la cama.

–Gregor –llamaron. Era la madre.– Son las siete menos cuarto. ¿No querías salir de viaje?

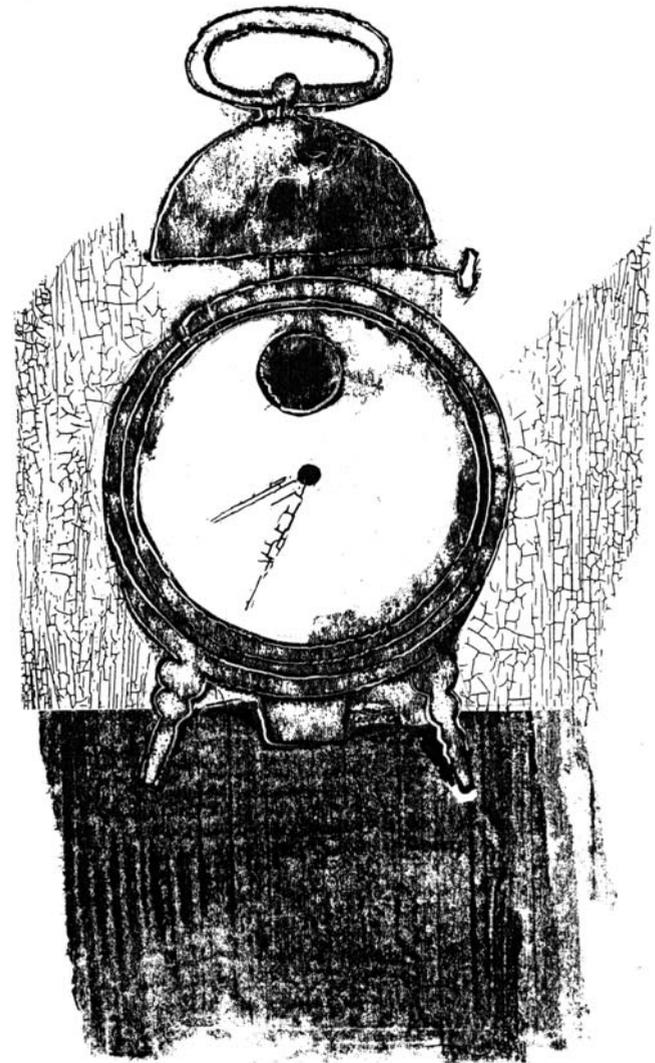
¡Esa dulce voz! Gregor se asustó al oír la voz con que respondió, que era inconfundiblemente la suya, aunque salía mezclada con un pitido irreprimible y doloroso, que sólo en un primer momento permitía oír las palabras con claridad para destruirlas cuando resonaban, de tal modo que no se podía saber si se habían oído bien. Gregor hubiera querido contestar con detalle y aclararlo todo, pero dadas las circunstancias se limitó a decir:

–Sí, sí, gracias, madre, ya me levanto.

Quizás a causa de la puerta de madera, el cambio en la voz de Gregor no se notó, porque la madre se tranquilizó con esa respuesta y se marchó arrastrando los pies. Pero la pequeña conversación había alertado a los demás miembros de la familia de que Gregor, contra lo esperado, todavía estaba en la casa, y el padre ya estaba golpeando en una puerta lateral con suavidad, pero con el puño.

–Gregor, Gregor –gritó–, ¿qué pasa?

Y poco después apremió de nuevo con voz más grave:

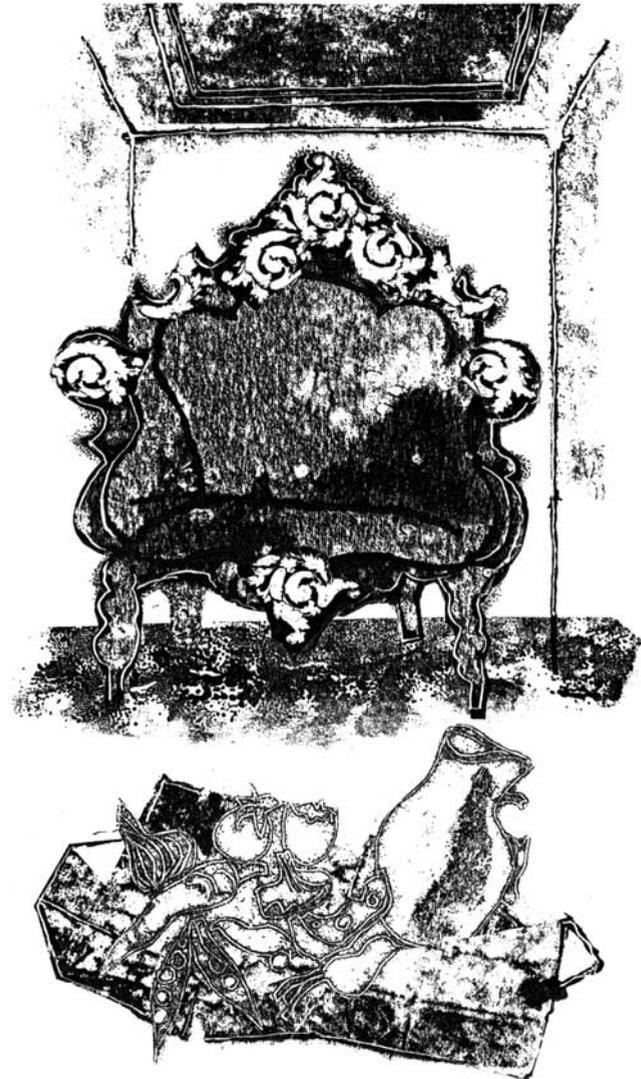


ser cierta. En este momento, sin embargo, ante su incomprendible obstinación, pierdo todo deseo de hablar lo más mínimo en su favor. Y su posición no es, en absoluto, la más segura. En principio tenía la intención de decirle todo esto a solas, pero ya que me hace usted perder el tiempo inútilmente no veo la razón de que no se enteren también sus señores padres. Su rendimiento en los últimos tiempos ha sido muy insatisfactorio; bien es cierto que no es la época del año para hacer grandes negocios, eso lo reconocemos, pero una época del año para no hacer negocios no existe, señor Samsa, no debe existir.

—Pero, señor gerente —gritó Gregor fuera de sí. Y en su excitación olvidó todo lo demás—. Abro la puerta enseguida, inmediatamente. Una ligera indisposición, un mareo, me han impedido levantarme. Todavía estoy en la cama. Pero ahora ya estoy otra vez despejado. Ahora mismo me levanto de la cama. ¡Solo un momentito de paciencia! No me siento todavía tan bien como creía. Pero ya estoy mejor. ¡De qué manera algo así puede atacar a una persona! Ayer por la tarde me encontraba bastante bien, mis padres lo saben o, mejor dicho, ya ayer por la tarde tuve una pequeña premonición. Tendría que haberseme notado. ¡Por qué no avisaría en la tienda! Pero lo cierto es que uno siempre piensa que superará la enfermedad sin tener que quedarse en casa. ¡Señor gerente! ¡Respete a mis padres! No hay motivo alguno para todos los reproches que usted me hace; no se me dijo ni una palabra de todo eso. Quizás no haya leído los últimos pedidos que he enviado. Por cierto, en el tren de las ocho ya salgo de viaje, las pocas horas de descanso me han dado fuerza. No se entretenga usted, señor gerente; yo mismo estaré enseguida en la tienda, tenga



de las decisiones que acababa de tomar, pues la hermana, casi vestida por completo, abrió la puerta desde el vestíbulo y miró hacia dentro con expectación. No lo encontró enseguida, pero, cuando lo distinguió debajo del sofá —¡por Dios, tenía que estar en alguna parte, no podía haber salido volando!—, se asustó tanto que, sin poder dominarse, volvió a cerrar la puerta desde fuera. Pero, como si se arrepintiese de su comportamiento, al momento la abrió de nuevo y entró de puntillas, como si estuviera ante un enfermo grave o un extraño. Gregor había arrastrado la cabeza casi hasta el borde del sofá y la observaba. ¿Se daría cuenta de que no había tocado la leche, y no por falta de hambre, y le traería otra comida más adecuada para él? Si no se daba cuenta ella misma, antes prefería morir de hambre que hacérselo notar, a pesar de que sentía unos enormes deseos de salir de debajo del sofá, arrojarse a los pies de la hermana y rogarle que le trajera algo bueno de comer. Pero la hermana reparó con sorpresa en la escudilla llena, a cuyo alrededor sólo se había derramado un poco de leche, y la levantó del suelo, no directamente con las manos, sino con un trapo, y se la llevó. Gregor tenía mucha curiosidad por saber qué le llevaría en su lugar e hizo al respecto las más diversas conjeturas. Pero nunca hubiese podido adivinar lo que la buena hermana realmente hizo. Para saber qué le gustaba, le trajo toda una selección, que extendió sobre un viejo periódico. Había verduras pasadas y medio podridas, huesos de la cena, rodeados de una salsa blanca que se había ya endurecido, algunas pasas y almendras, un queso que, dos días antes, Gregor había calificado de incomible, un trozo de pan, otro trozo de pan untado con mantequilla y otro trozo de pan untado con mantequilla y sal. A todo esto añadió



LA IDEA DE *LA METAMORFOSIS*

Cuando Franz Kafka se despertó una mañana después de un sueño intranquilo, se encontró sobre su cama... No, no se encontró convertido en un monstruoso insecto, pero sí con la idea, de la que ya no se libraría, rondándole por la cabeza.

Era el 17 de noviembre de 1912, un domingo. Kafka, acostado en la cama, pensó cómo sería despertar y encontrarse tumbado sobre una espalda en forma de caparazón, con muchas patas pequeñas moviéndose torpemente en el aire. Probablemente se sentía como Gregor Samsa, incapaz de levantarse; había estado trabajando hasta muy entrada la

noche en su novela *América*, con la sensación de que había «empeorado mucho».¹ Además, hacía días que esperaba en vano una carta de su amiga Felice Bauer y había tomado la decisión de «no levantarme de la cama hasta que no llegase tu carta».² Hacia mediodía, el cartero entregó por fin la ansiada carta y Kafka respondió a Felice esa misma noche. En la última frase de la misiva de respuesta se lee la primera referencia a *La metamorfosis*: «hoy [...] tengo que escribir un cuento que me ha venido a la mente en la cama, en plena aflicción, y que me asedia desde lo más hondo de mí mismo».³

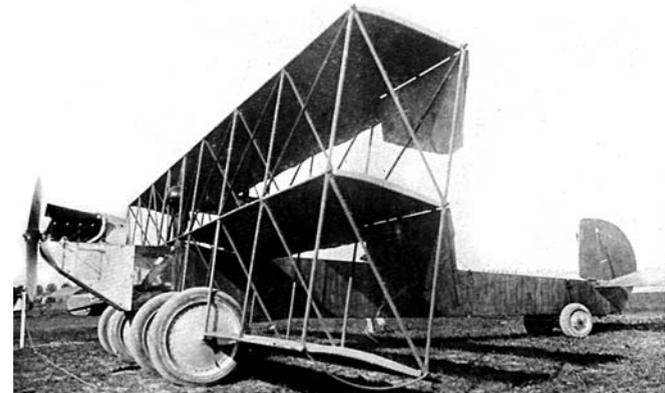
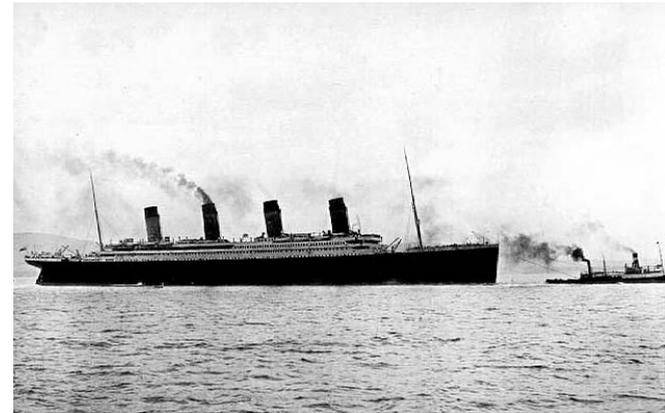


Vista del puente de Čech; detrás de la columna derecha, el edificio *Zum Schiff*, donde Kafka vivía en 1912.

EL AÑO 1912

En el año 1912, otros acontecimientos «asediaban» al mundo y ofrecían tema de conversación en Praga, la ciudad natal de Kafka: el 15 de abril, el trasatlántico «insubmersible» Titanic se había hundido en su primer viaje transoceánico y había arrastrado a la muerte a

más de 1.500 personas. En octubre, la primera guerra de los Balcanes anunciaba otra catástrofe, puesto que los conflictos en la región de los Balcanes fueron un presagio de la Primera Guerra Mundial, que tardaría menos de dos años en estallar. La situación política



Arriba: El Titanic partiendo del puerto de Southampton.
Abajo: Avión del año 1912.